

# EN LA ESPESURA

LOURDES MACEIRAS

LEMA:

*'Aprovechando la nocturnidad'*

Piafan inquietos los caballos en sus cuadras al tenue alborear.

El sol lame silenciosamente las cumbres que se alzan majestuosas en la lejanía, y se levanta entre ellas como una enorme y luminosa naranja, demasiado pesada para poder despegarse de las cimas con presteza.

Oigo el relincho de Furia, el caballo más impaciente de todo el establo, y con el que mejor me llevé siempre. Sus vivarachos ojos, más negros y brillantes que el mismísimo azabache, me invitaron continuamente a hacerlo partícipe de mis correrías, y se reían de mí cuando era yo la que no me animaba a seguirlo en sus ansias de pasear... “¡Pero venga, mujer! —parecía decirme—, que sin tí no me dejan ir”... Entonces se me escapaba una carcajada al tiempo que palmeaba su cabeza y montaba en él, que giraba y emprendía el trote...

En lontananza la bruma, impalpable y vaporosa, baña las laderas de las montañas, mientras la mañana se va abriendo paso a través de su velo.

Un segundo relincho me arranca de mi contemplación. Viro en redondo sobre mis talones dirigiendo mis pasos hacia lo que yo estaba presintiendo como una llamada.

Abro la puerta despacio y camino hacia el final de la caballeriza casi de puntillas, sin saber muy bien por qué, pues todos los animales están ya despiertos. Al fondo, a la izquierda, Furia me contempla entre sorprendido y divertido.

Le acaricio el pescuezo con las dos manos. Me acerca su húmedo hocico: “¡Cuánto has tardado!”.

—¡A ver si te vas a pensar que voy a hacer guardias por las noches para retozar contigo por ahí antes de que amanezca!...

Y salimos ambos intentando hacer el menor ruido posible, como dos niños que escapasen aprovechando la nocturnidad para burlar la vigilancia paterna.

Fuera hace fresco y un escalofrío nos recorre el cuerpo.

Avanzamos hacia el bosque, cuyos primeros árboles aparecen muy lejos aún de la serranía, pero buena parte de sus congéneres han conseguido extenderse, incluso poblar, las faldas montuosas.

A nuestra izquierda, colgada entre las ramas de una higuera, dejamos atrás una tela de araña perlada de gotas de rocío ordenadas casi simétricamente en sus invisibles hilos.

Un portazo nos hace volver la vista atrás. “¿Habría ya alguien levantado?”... Escrutamos las inmediaciones, temerosos de que se vigile nuestra evasión. La quietud envuelve el caserón y sus dependencias. Nada parece alterar la calma...

—A menos... ¡a menos que también ande de puntillas!, como nosotros... —le susurro en una oreja a Furia.

Él las endereza y, como dos radares, las dirige hacia la vivienda... “¡Bueh!, no aparenta ser nada importante”... Me mira y retoma su andadura. Hago lo mismo, frotándole el lomo.

Estas escapadas matutinas no le gustan nada a mi familia...

—¡Una chica sola por ahí!... ¡y a esas horas!...

Cuando oye lo de *sola*, Furia ladea la cabeza: “¡Un respeto, oigan!”...

Unos robles nos saludan bisbiseando y agitando levemente sus hojas, ya amarillentas, al ritmo que les marca delicadamente la brisa. Monto al noble equino y nos adentramos en la arboleda.

Tres nubes de puntitos negros revolotean acompasadamente sobre nuestras cabezas; tejen y destejen figuras como una escuadrilla de aviones perfectamente adiestrados. Se diría que se muestran orgullosos de sus malabarismos. ¿Qué pájaros son?... ¡uf!... ¡un día de éstos voy a tener que volver al oculista!...

Hacia la derecha y a unos doscientos metros, se recorta la elegante silueta de una encina que, aprovechando su relativo aislamiento del entramado bosque, nos ha servido de objetivo fotográfico infinidad de veces; ella se ha convertido en una inigualable modelo desde prácticamente todos los puntos de mira y épocas del año.

Se percibe un ligero borboteo en la distancia. El regato aún queda lejos, pero, a estas horas, todos los sonidos se nos acercan más.

A paso lento recorremos las sendas insinuadas, más que marcadas, entre la espesa vegetación, a medida que penetramos en ella y nos engulle...

Los golpes secos de un pájaro carpintero nos detienen momentáneamente; mientras buscamos su origen, llega a mis oídos el borbolloneo de antes, más irregular, menos rítmico. Un pito real nos observa atentamente para volver luego a su tarea.

Atravesamos un campo de tréboles y desmonto. A Furia le encanta mordisquearlos y yo encuentro divertido buscar alguno de cuatro hojas...

Resuenan los golpeteos anteriores, cada vez menos cadenciosos, como a saltos... Empiezo a pensar que lo que yo había identificado como agua, bien podrían ser pisadas... Me yergo inquieta; el caballo se mueve desasosegado.

Reiniciamos la marcha a paso ligero.

Los rayos de sol penetran tímidamente entre las altas copas, haciendo juegos de luces y colores. En un claro, una hermosa cascada de puntitos brillantes nos deja absortos, hasta que unos chasquidos y crujidos nos alertan. Furia pateo el suelo nerviosamente.

Tomamos la ruta del riachuelo y tengo que hacer esfuerzos para que no se lance a la carrera.

—Tranquilo, tranquilo... —le murmuro mientras enredo mis dedos en sus crines.

Y eso mismo me repito: “Tranquila, tranquila”...

En un momento desfilan por mi memoria todos los cuentos de animales, personas, espíritus, extraterrestres... que he oído sobre forestas embutidas en neblina al amanecer o al anochecer...

“Los sentidos nos engañan”... “era el agua”... “nos engañan”... “agua”...

Pero mis latidos cardíacos no responden al intento de sedación.

Al borde del arroyo todo parece estar apacible y normal.

Furia decide beber y yo lavarme las manos después del mal rato que he pasado.

Es entonces cuando nos llegan con claridad y ya sin ningún lugar a dudas, unas respiraciones fuertes y ruidos entre la hojarasca.

El corcel da un respingo. Yo resbalo sobre las piedras y mi pierna izquierda se introduce en el reguero hasta la rodilla, lo cual no impide que casi vuele a mi montura y salgamos al galope.

Damos un rodeo, quizá porque Furia es más veloz en ese terreno, o porque somos incapaces de buscar el camino más corto para salir de entre la frondosidad, o... acaso... la única razón que manda en ese momento es la huída lo más rápida posible...

En la espesura resuenan los cascos ensordecidos, mientras la hierba hace de almohadilla.

Yo me inclino y me abrazo a su cuello para presentarle menos superficie de resistencia al viento, para ir mejor agarrada, para sentirnos el uno al otro...

Y, en algún momento en el que la cabalgada reduce su velocidad, cobra forma otra carrera... tras la nuestra, otros jadeos... tras los nuestros...

Vislumbramos el final de aquella intrincada selva...

Y ya en terreno llano, con la casa a la vista y las personas trajinando en sus alrededores, me aventuro, por primera vez, a mirar hacia atrás en medio de nuestra loca persecución. Un bulto peludo e informe nos sigue...

Intento frenar un poco al caballo y...

El enorme pastor alemán de mis primos nos adelanta ladrando alegremente...

Furia y yo estamos empapados en sudor y me desplomo materialmente sobre él con un intento de grito, que sólo llega a ser un inaudible:

—¡Pero Tom!... ¡¡¡por favooooorrr!!!...

6 – enero – 1989